

A black and white photograph of a man with a mustache, wearing a dark jacket and a scarf, looking intently at a typewriter. He has a pipe in his mouth. The typewriter is in the foreground, and the background is slightly blurred.

FERNANDO
HERNÁNDEZ
SÁNCHEZ

FALSOS CAMARADAS

UN EPISODIO DE LA GUERRA
ANTIPARTISANA EN ESPAÑA, 1947

CRÍTICA

FERNANDO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

Falsos camaradas

Un episodio de la guerra antipartisana
en España, 1947

CRÍTICA
BARCELONA

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Primera edición: enero de 2024

Falsos camaradas. Un episodio de la guerra antipartisana en España, 1947

Fernando Hernández Sánchez

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Fernando Hernández Sánchez, 2024

Iconografía: Grupo Planeta

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-573-9

Depósito legal: B. 19.020-2023

2024. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.



Paisaje desde la ventanilla de un tren en marcha

De una u otra manera, los hombres y mujeres de los años cuarenta en edad de haber vivido plenamente la guerra, de haberla hecho, se entregaban al esfuerzo de reconstruir la razón de una convivencia [...] En fin, había poca luz eléctrica, aún había hogares iluminados con carburo y candil, aún había historias de la guerra no liquidadas que se convertían en heroicos paquetes de comida y ropa limpia. Pero se estaba vivo. Y no todos podían decir lo mismo [...] Por aquellos años, Dámaso Alonso causó sensación con un poema que se iniciaba así: «Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres...». Subjetivaciones de intelectual. Lo sorprendente, lo tremendamente sorprendente de la España de aquellos años, lo que sorprendía a cada amanecer, era estar vivo. Porque no todos podían decir lo mismo.

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN,
Crónica sentimental de España (1971)¹

Por mucho que el locutor Fernando Fernández de Córdoba engolara la voz al declamar el parte cuartelero del 1.º de abril de 1939 que declaraba cautivo y desarmado al ejército rojo, la guerra aún no había concluido en 1947. Al menos, la guerra que debía garantizar la pervivencia de la dictadura de Franco hasta que la naturaleza, en forma de «peritonitis bacteriana, fracaso renal agudo, tromboflebitis ileo-femoral [*sic*] izquierda, bronconeumonía bilateral aspirativa y choque endotóxico»² consumara un cuarto de siglo más tarde

26 la tarea que ni los aliados ni tribunal de Núremberg alguno acometieron a su debido tiempo. 1939 había sido, en todo caso, el año del fin de las operaciones y lo que vino a continuación fue la persecución de un enemigo hundido, desorganizado y con escasa o nula capacidad de reacción. En términos militares, la explotación del éxito.³

1947 marcó un giro decisivo en el mundo y en una Europa en trance de desescombros. Consciente del drástico cambio de escenario que para el más veterano aliado del Eje suponían las ruinas del Reichstag coronadas por la bandera roja y la siniestra exposición de la corte mussoliniana en la *piazzale* Loreto de Milán, el régimen impulsó un proceso de institucionalización en un afán de superación del estado campamental extendido a todo el país desde el Palacio de Anaya de Salamanca, primero, y las murallas de Burgos, después. Era una aparente doble concesión del Caudillo a las potencias anglosajonas y al círculo de generales que le reclamaban la restitución de la corona a Juan de Borbón y el fin de los poderes excepcionales acaparados tras la exaltación del 1.º de octubre de 1936.⁴ El Fuero de los Españoles (1945) y la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado (1947), dos de las ocho normas —ocho, como las patas de una araña— que tejieron el entramado de las Leyes Fundamentales del Movimiento, intentaron alimentar el espejismo de un pseudoconstitucionalismo sin soberanía popular y de un reino sin monarca en manos de un caudillo que sobrevolaba como un águila imperial sobre la coalición de fuerzas reaccionarias —monárquicos de toda obediencia, católicos integristas, falangistas en melancolía de revolución pendiente, militares en primer tiempo de saludo— que solo él podía trabar.

La pretendida sanción popular a través de un referéndum de la norma que convertía a España en reino fue el resultado de un pucherazo en la más rancia tradición de ese siglo XIX del que los intelectuales orgánicos del reaccionarismo franquista decían abominar. Según los datos oficiales, la participación electoral en la jornada del 6 de julio de 1947 fue del 88,59 por ciento del censo y los votos favorables

ascendieron a 14.145.163, el 92,94 por ciento de los emitidos. Teniendo en cuenta la coacción ejercida sobre los votantes, había que considerar como una heroicidad los 722.656 votos contrarios y los 351.744 en blanco o nulos, aparte de las 1.959.249 abstenciones.⁵ Las instrucciones transmitidas a los presidentes de mesa contemplaban todo tipo de añagazas para garantizar el triunfo del sí. Debía haber un excedente de «papeletas con el sí puesto» para que el presidente pudiera facilitárselas como quien no quiere la cosa a los electores despistados que le pidieran una, «de modo que, si no se fija o se aclara, vote desde luego que Sí». Un interventor dispondría a las tres de la tarde del listado de electores que no hubieran votado y se lo entregaría a un jefe de grupo de la Falange local «para que diga a su gente con qué nombre deben votar, una o más veces, según las circunstancias». Por último, durante el recuento, de cada diez papeletas «sea cual fuere su contenido, a ocho, por lo menos, [el presidente] les atribuirá sí, y a una o dos NO». Por cada veinte o veinticinco, anunciará una «en blanco». Si, aun así, todo salía mal, todo estaba previsto: «Si por la marcha del escrutinio teme un resultado adverso, [...] poco antes de recomtar los últimos votos romperá la urna; pero al hacerlo arrojará sobre ella los papeles [...] con el sí puesto».⁶ La verdad es que, para abominar de la politiquería liberal, las autoridades franquistas sabían recurrir a las más probadas mañas del denostado sistema canovista.

Los servicios norteamericanos no se engañaron con la jugada. La Ley de Sucesión convertía a Franco «en rey en todo menos en el nombre, con el privilegio de elegir a su sucesor que puede ser, pero no tiene por qué ser, un príncipe de sangre real». Tras el repudio del pretendiente a aceptar una restauración del trono en esos términos, las filas monárquicas se dividieron «entre quienes están satisfechos con las formas e instituciones de una monarquía como tal, independientemente de la dinastía tradicional, y quienes conciben su lealtad como debida a la dinastía borbónica». El pueblo español, traumatizado por el horror vivido durante y tras la guerra, se encontraba sumido en una apatía

28 general y si depositaba alguna esperanza resignada en la monarquía era «probablemente atribuible al hecho de que el único período relativamente próspero que los españoles vivos pueden recordar, a mediados de la década de 1920, se disfrutó bajo esa forma de gobierno». En estas circunstancias, se podría afirmar que «Franco gobierna por defecto, y su caída únicamente como resultado de cualquier acción política generada dentro de España es poco probable».⁷

A ojos de las Naciones Unidas, el franquismo era una anomalía condenable pero que no estaban dispuestas a extirpar si eso suponía mancharse las manos. La posición de las potencias occidentales quedó fijada en la nota tripartita publicada el 4 de marzo de 1946, revalidada en sesión de la Asamblea General al año siguiente. En ella calificaron al régimen de Franco como ilegítimo y ofrecieron buenas palabras, pero ninguna obra. El Consejo de Seguridad se negó a imponer sanciones económicas porque no consideraba que el régimen, en su aislada insignificancia, fuera un desafío para la paz mundial. De la misma opinión eran los analistas norteamericanos:

Bajo su gobierno actual, España no presenta ninguna amenaza actual para la seguridad de los Estados Unidos [...] por muy antitética que sea la filosofía política de Franco con respecto a la democracia.⁸

Los aliados confiaban en que el propio pueblo español encontrara los medios para lograr la apacible retirada de Franco, la abolición de la Falange y el establecimiento de un gobierno provisional para decidir libremente su destino y elegir a sus representantes. Si los españoles lograban ponerle el cascabel al gato e implantar un sistema que promulgara una amplia amnistía, facilitara el retorno de los exiliados, reconociera las libertades fundamentales y convocara elecciones libres, tendrían, entonces sí, «el reconocimiento y apoyo de todos los pueblos amantes de la libertad». Pensar que una dictadura que se alzaba sobre el fusilamiento de cerca de cuarenta mil personas desde el final de la contienda

civil podía ser derribada de forma apacible por un movimiento autóctono sin una decisiva contribución exterior era, en la práctica, relegar el fin del franquismo al valle de Josafat. Más que la dictadura, lo que inquietaba a los aliados, en particular a los anglosajones, era la vuelta al poder de una coalición de izquierdas:

Es dudoso que los representantes de las entidades políticas que formaron el Frente Popular pudieran por sí mismos crear un gobierno estable para España, debido a su previsible incapacidad para controlar a las masas. Un posible desarrollo resultante de un período de caos sería el surgimiento de una dictadura del proletariado.⁹

Por eso era aconsejable evitar una salida incontrolada, probablemente violenta, que diera como resultado una inestabilidad prolongada en un momento en que la lucha contra la penetración comunista en Francia e Italia hacía deseable una España tranquila.¹⁰

Mientras tanto, por si sí o por si no, entre los usufructuarios del aplastamiento de la República cundía la desazón y la unanimidad distaba de ser férrea. Se exhibía, y no podía ser de otra forma en virtud del pacto de sangre original —de la sangre hecha verter a otros, evidentemente— una fachada de unidad monolítica, sin fisuras, expresada en el castizo y tabernario lema «si ellos tienen ONU, nosotros tenemos dos». Pero ello no era óbice para que los militares monárquicos, tan ablandados durante la pasada guerra mundial por las reiteradas, implacables y eficaces cargas de la caballería de San Jorge,¹¹ mostrasen su disponibilidad a una solución coronada. Los comunistas, con su inveterado optimismo, creían que eso estaba contribuyendo a abrir una grieta en la autoridad de Franco sobre el ejército. Jefes militares que le acompañaron en la sublevación —decía Dolores Ibárruri— volvían por los fueros de sus viejos sentimientos dinásticos y buscaban «otros nuevos caminos que pongan fin al histrionismo fascista del caudillo».¹² La inquietud expectante del dictador hizo que durante un breve

30 período de tiempo se mostrase asequible, so capa de regia magnanimidad, a las campañas internacionales que demandaban clemencia para algunos presos políticos. Santiago Álvarez y Sebastián Zapirain, destacados miembros del Comité Central del PCE, detenidos en el verano de 1945, vieron conmutadas sus penas de muerte por condenas de larga duración merced a la ansiedad que se respiraba en el ambiente. Cómo sería de chocante la cosa y cuál no habría sido la anterior pulsión punitiva que ambos debieron soportar en la cárcel la suspicacia de sus camaradas, que no entendían cómo venían con penas de veinte y dieciocho años por delitos que hasta ayer mismo suponían un inexcusable pasaporte para el pelotón de fusilamiento.¹³

El nacionalcatolicismo comenzaba a solapar al falangismo, las sotanas y los ternos grises suplían a las camisas azules y a los correajes negros, el murmullo del rezo del rosario amortiguaba los gritos de ritual y la parsimonia de la persignación templaba la viril energía de los saludos a la romana. Pero estaba claro para cualquier observador externo que aquello no era un gobierno democristiano al uso. Una emisión de la BBC de Londres captada en mayo de 1946 por los servicios de información era cristalina al respecto:

La continuación del general Franco en el poder por medios totalitarios es un mal crónico para la buena comprensión entre la Gran Bretaña y España. Causa gran irritación en la Gran Bretaña oír a Franco que España es una democracia cristiana y orgánica.¹⁴

Ese sucedáneo que vehiculaba una participación limitadísima de los súbditos en la vida política a través de las estructuras sociales «naturales» —familia, municipio, sindicato— tenía tanto en común con una democracia real como las sedicentes «democracias populares» tuteladas por Stalin.

Los tiempos, sin embargo, apuntaban a una colisión inminente entre los bloques surgidos en la posguerra mundial: el mundo capitalista, liderado por los Estados Unidos, y el comunista, encabezado por la URSS. 1947 clausuró

definitivamente la era del antifascismo y dio paso a una nueva y distinta. El paisaje cambiaba aceleradamente a cada curva del camino. El 1 de enero quedaron unificadas las zonas de ocupación norteamericana y británica de Alemania. El 12 de marzo, en una intervención ante el Congreso, el presidente norteamericano enunció las bases de la «doctrina Truman»: sentado el principio de que el comunismo era una amenaza para los pueblos libres, los Estados Unidos se comprometían a contener la expansión de la influencia soviética y de su doctrina en cualquier lugar del mundo occidental. Hacía poco más de un año que el primer ministro Winston Churchill había otorgado carta de naturaleza en Fulton (Misuri) a la existencia del «telón de acero». El 4 de mayo de 1947, los ministros comunistas fueron excluidos del gobierno francés encabezado por Paul Ramadier. El 31 del mismo mes, el gobierno italiano del democristiano De Gasperi hizo lo propio con los correligionarios de Palmiro Togliatti. En Grecia ardía el fuego de la guerra civil entre los comunistas locales y los partidarios de una monarquía servicial a los intereses británicos. Los Estados Unidos comprometieron en ella su apoyo táctico y logístico, lo mismo que estaban haciendo en la vecina Turquía.

Moscú dio la réplica con la creación del Kominform (Buró de Información de los Partidos Comunistas y Obreros) en la cumbre celebrada entre el 22 y el 28 de septiembre en la localidad polaca de Szklarska-Poreba. Liderados por el Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, siete partidos gobernantes del bloque socialista más sus correligionarios italianos y franceses adoptaron como línea oficial la denominada «doctrina Zhdánov», enunciada por el tercer secretario del PCUS. Con la derrota del militarismo germano-nipón, decía, y la pérdida de un significativo conjunto de países de la Europa central y oriental, el sistema capitalista había sufrido un duro revés. La autoridad de la URSS se había reforzado considerablemente y «las fuerzas democráticas y progresistas del mundo entero estaban agrupadas en torno a ella». Como respuesta, los Estados Unidos habían decidido promover una agresiva política para la recu-

32 peración de la hegemonía mundial y la consolidación de su monopolio sobre los mercados internacionales. En virtud de ello, desplegaron un amplio programa de medidas de orden militar, económico y político con el fin de avasallar al mayor número de países. En este contexto, proseguía Andréi Zhdánov, solo la URSS constituía un bastión antiimperialista y defensor de la paz. Quedaban así delimitados dos campos: el imperialista y el democrático. El primero, integrado por los Estados Unidos, Reino Unido y Francia. El segundo, por la URSS, las democracias populares y las fuerzas antiimperialistas. No cabía la neutralidad: si los partidos socialdemócratas se alineaban contra la URSS y el comunismo, podían ser considerados indudablemente como aliados objetivos del imperialismo.¹⁵ Retornaba la glaciación ideológica de los años veinte.

Mientras esto ocurría, el exilio republicano bullía en torno a la frontera pirenaica, ansioso de dar el salto o de que le ayudaran a darlo. Pero no se aguarda a Godot indefinidamente. La colonia española comenzó a experimentar primero la indiferencia y después la hostilidad de un entorno empeñado en dejar atrás los tiempos sombríos de la ocupación y en olvidar un pasado trufado de conductas poco encomiables. Los brindis por «¡el año que viene, en Madrid!» fueron dejando paso a la apesadumbrada conciencia de que el destierro sería largo.

Viendo las agitadas aguas de la política internacional, la cazurra intuición del Caudillo debió advertirle de que solo tenía que quedarse quieto para que los vientos, hasta entonces contrarios, soplasen de cola y colocasen su ruinoso esquife en paralelo al rumbo de la flota occidental. Era cuestión de tiempo que los aliados pusiesen en valor las oportunidades que brindaba a sus bombarderos estratégicos municionados de armas atómicas ese portaaviones en forma de piel de toro anclado por la geografía física en la encrucijada del Mediterráneo y el Atlántico. Si los nubarrones internacionales se deshacían en brisas cada vez más tenues rolando desde el oeste, el aparato represivo, eficaz regulador de la disidencia interna, podía recobrar su faz implacable. La máquina de pi-

car carne en forma de tribunales militares instructores de expedientes sumarísimos recobró su mortal cadencia. La materia prima le era suministrada de manera constante por una policía política altamente acreditada en dos artes corporativas: la infiltración y la tortura. La unidad especializada en estas tareas ostentó un nombre que, pese a algunas leves variaciones, adquiriría resonancias siniestras entre la oposición de cualquier tendencia ideológica: la Brigada Político Social (BPS), cuyos antecedentes se remontaban a la División de Investigación Social creada en 1926 por la dictadura de Primo de Rivera a iniciativa del director general de Seguridad, Severiano Martínez Anido, el tristemente célebre amparador del pistolero antisindical en la Barcelona de los años veinte.¹⁶

Otra herramienta auxiliar de gran efectividad fue la Segunda Sección Bis del Estado Mayor Central del Ejército, conocida abreviadamente como la Segunda Bis. Organizada a comienzos de 1940, entre sus funciones, además de «evitar la penetración del extremismo en las fuerzas armadas», se encontraban las correspondientes a «contrainformación, sabotajes, extranjeros, pasos clandestinos de fronteras, accidentes ferroviarios, impermeabilización de objetivos militares, huidos, bandoleros y atracadores, actividades de los exilados españoles, propaganda y prensa clandestinas, prensa y radios extranjeras en relación con España, información política, económica y social de España [e] información sobre toda clase de conflictos políticos, económicos, sociales, laborales, estudiantiles, etc.».¹⁷ A los agentes de la Segunda Bis se les permitía adentrarse en territorio francés hasta el paralelo Saint-Gaudens-Foix-Perpiñán, a fin de obtener información destinada a prevenir la infiltración de partidas guerrilleras o el paso de instructores.

Para mantener la excitación continua de sus agentes, los aparatos del Estado recurrieron de forma habitual al vivificante estímulo de las recompensas, que podían llegar a suponer una parte muy significativa de los haberes. A título de ejemplo, el inspector jefe de policía agregado a la Segunda Bis, Antonio López Moreno, soltero y sin cargas

34 familiares, percibía el 42 por ciento de su nómina en gratificaciones extraordinarias.¹⁸ Entre 1944 y 1950, con un sueldo anual de 7.200 pesetas, Roberto Conesa cobró 5.350 en concepto de premios.¹⁹ Con semejante lubricante, el mecanismo represivo funcionaba como un reloj. Las actuaciones contra los núcleos de oposición fueron contundentes. Una tras otra, todas las tentativas de reconstituirlos fueron desbaratadas, y sus integrantes, detenidos, juzgados sin garantías y fusilados o condenados a largos años de cárcel.

A pesar de todo, algunas organizaciones se negaron a convertirse en meros ateneos de emigrados. Fue el caso del PCE, que desde el primer día intentó una y otra vez volver a arraigar en el país. Tenía ante sí retos importantes. El 1.º de Mayo de 1947 se produjo en Vizcaya la huelga más importante desde la finalización de la guerra. Abusando de la hipérbole, *Mundo Obrero* y *Nuestra Bandera*, la revista teórica, afirmaron que la movilización con epicentro en los Altos Hornos había sido secundada por ni más ni menos que cincuenta mil trabajadores. *Nuestra Bandera* le dedicó varios artículos en los números de mayo y junio. Antonio Mije, miembro del Buró Político, firmó el titulado «Algunas experiencias fundamentales de las huelgas de Vizcaya»;²⁰ Vicente Arroyo, uno de los fundadores del partido, escribió sobre «Antecedentes y experiencias de las huelgas de Euzkadi»; Vicente Uribe, el número dos del organigrama comunista, trató «La huelga general de Vizcaya y el Partido Comunista de Euzkadi»; y Cristóbal Errandonea, otro histórico dirigente vasco, extrajo lecciones del acontecimiento en «La huelga de Vizcaya ha sido una gran lección de unidad».²¹

Unas semanas antes del paro, del 19 al 22 de marzo, había tenido lugar en Montreuil (París) un pleno del Comité Central en el que Dolores Ibárruri presentó un informe sobre la situación de España en el que valoraba que el régimen franquista se hallaba en sus postrimerías. Los síntomas, decía, eran de la mayor gravedad:

El franquismo, herido de muerte, se desmorona, y la España democrática se levanta de su postración. Las organizaciones obreras, que Franco disolvió brutalmente, se reconstruyen en la clandestinidad; se producen huelgas y manifestaciones de protesta contra el hambre; se publican decenas de periódicos ilegales; los campesinos resisten al franquismo.

El diagnóstico era fatal:

España se deshace entre las manos de Franco. España se hunde en la miseria, en la ruina, en la degradación del estraperlismo falangista y de la incapacidad gubernamental.

A monárquicos y conservadores no podía dejarles indiferentes una realidad abocada a un estallido revolucionario que —y aquí una de las metáforas religiosas que eran marca del estilo personal de la secretaria general— hundiera «el templo con todos sus filisteos». Por ello, deberían ser los primeros interesados en un cambio de régimen.²²

Llegó el verano y tuvo lugar la campaña del referéndum sobre la Ley de Sucesión. El órgano de propaganda comunista llamó a la abstención activa y a convertir el 6 de julio en «una jornada de combates por la democracia y la República», apelando a las «fuerzas progresivas y amantes de la libertad en cada país [para que] se dirijan al Consejo de Seguridad de la ONU en demanda de adopción sin más dilaciones de las medidas que están dentro de su competencia para contribuir a la más pronta desaparición del régimen de Franco, verdugo del pueblo español y amenaza permanente para la paz y la seguridad internacionales».²³ No fue el único altavoz empleado. El 16 de junio, la Segunda Bis recibió una comunicación sobre las emisiones de la emisora oficial del PCE, Radio España Independiente, conocida popularmente como La Pirenaica.²⁴ Se confiaba en que su alcance fuera mínimo por la dificultad de captación de sus ondas —«se trata de una estación sobre la cual están montadas interferencias en los centros y capitales más importantes de España»—, y porque, como señalaba el cónsul britá-

36 nico en Sevilla, «como una gran proporción de la clase obrera en esta área no posee una radio, es poco probable que tales transmisiones produzcan mucho efecto entre el proletariado». ²⁵

Indiferentes a las dificultades, los comunistas hicieron una intensa propaganda contra el plebiscito desde su emisora: en el programa del día 15 de junio se invitó al pueblo español a no acudir a votar y a colocar pasquines con la inscripción: «Franco, no; Democracia, sí». A partir de ahí, los informantes desgranaron un rosario de despropósitos:

Igualmente incitó a las masas para que quemen los templos, asalten los cuarteles, puestos de la Guardia Civil, Policía Armada y oficinas de Falange. En una alocución dirigida a los campesinos les dijo que el día del referéndum se marchasen todos al campo, para no votar, alegando que tiene que sembrar, arar, cavar, etc. También pidió a todos que por cada antifranquista que caiga, se dé muerte a doce esbirros de Franco. ²⁶

La opinión internacional seguía siendo, en general, adversa al régimen, pero se detectaban fisuras. El bloqueo diplomático acordado tras la condena del franquismo por la Asamblea General de las Naciones Unidas en su resolución de 9 de febrero de 1946 fue roto por la República Argentina. El general Juan Domingo Perón abrió embajada en Madrid y firmó un acuerdo para suministrar trigo, maíz y alimentos a cambio de zinc, plomo, mercurio y maquinaria para motores eléctricos.

En Europa, aunque la frontera con Francia estuviera cerrada, la información que fluía discretamente a través de los canales de los segundos y terceros escalones administrativos aventuraba cambios de tendencia. Tras la salida de los comunistas del gobierno, el sindicato CGT impulsó una oleada de conflictos laborales bautizada por la prensa conservadora como «huelgas Molotov». ²⁷ La derecha se manifestaba en creciente desacuerdo con el mantenimiento del cierre fronterizo y con la presencia amenazante de los refugiados

españoles. Las Oficinas de Información Avanzada de la Segunda Bis pulsaban esos estados de opinión, ya fuera en el transcurso de sus incursiones o merced a sus confidentes. El 8 de junio de 1947, la 3.^a Comandancia de la Guardia Civil se hizo eco de la aparición en algunas capitales de panfletos que rezaban: «Los niños franceses no pueden vivir sin las frutas españolas y queremos se abra la frontera y comerciar con España como hacen otros países». Otros tenían un tono más agresivo: «Queremos nuestra Patria limpia de criminales internacionales y que se abran las fronteras de nuestra vecina nación de España». La contestación no desmereció en virulencia:

El 8 del corriente, [en] el Mediodía francés circularon unas hojas que decían: el Vaticano, Perón, el Jefe del Gobierno portugués, Oliveira Salazar y Franco serán responsables de una nueva guerra civil en España, que no se hará esperar mucho tiempo.²⁸

En el momento álgido de lo que medios conservadores no dudaron en calificar de «insurrección en frío», los comisarios de policía franceses tuvieron cada vez menos empujo que antes en pasar información acerca de las actividades de «los exilados que actúan como bandoleros en España».

En menos de un año, las mismas fuentes evaluaron positivamente el papel que podía tener la península ibérica y sus defensas naturales en una confrontación global con la URSS. Haciéndose eco de lo discutido durante unas maniobras conjuntas de los Estados Unidos, Reino Unido y Francia, se decía que, evidenciada la vulnerabilidad occidental, las posiciones respecto a qué hacer frente ante un posible ataque ruso se reducían a dos: mientras los franceses abogaban por reforzar su propio territorio, los norteamericanos proponían el establecimiento de una línea defensiva en los Pirineos. Coincidían punto por punto con el análisis de la situación sobre el futuro de España firmado por la CIA el 5 de diciembre de 1947. En caso de una guerra entre las superpotencias, rezaba el informe, «la península ibérica,

38 gracias a los Pirineos, podría servir como escenario para una breve acción dilatoria contra un avance soviético desde Francia. Sin embargo, el principal valor de la península para cualquiera de los beligerantes sería como sitio para bases aéreas y navales desde las cuales controlar el Mediterráneo occidental y sus accesos atlánticos [...] Los Estados Unidos, por tanto, requieren una España amiga, estable e independiente».

Ahora bien, la normalización de las relaciones entre las potencias occidentales y el régimen de un país totalitario contaba con un serio obstáculo: la obligación —que Franco no tenía— de los gobiernos democráticos de responder ante sus opiniones públicas.

Las razones por las que el régimen franquista, a pesar de su estabilidad actual, presenta desventajas para los intereses estadounidenses se pueden resumir, [entre otras], en que su impopularidad entre un gran número de personas en todo el mundo avergüenza a los Estados Unidos en todos sus tratos con España.²⁹

El informe prospectivo de la CIA le hacía un retrato de cuerpo entero a la dictadura, una radiografía que merece la pena glosar *in extenso*. El poder de Franco, basado en el temor de la población a una nueva guerra civil, se había consolidado mediante una corrupción generalizada que era incapaz de combatir. No había concedido una amnistía general a los vencidos y la represión iba en aumento. Muchas de las causas profundas del malestar social y político seguían sin corregirse por las estrechas relaciones de los gobernantes con los intereses de los privilegiados, a quienes no se habían atrevido a pedir que realizaran sacrificio alguno.

El régimen de Franco fundaba su legitimidad tanto en su origen —en 1936, decía, fue necesario sublevarse contra la República «cuando el gobierno *no marxista*³⁰ se mostró incapaz o no dispuesto a detener la ola de dominación marxista»— como en su actual desempeño, evitando la soviétización de España por interposición de un partido lacayo de

Moscú. Sin embargo, continuaba el informe de los servicios norteamericanos, no había ninguna evidencia de que el PCE pudiera hacerse con el poder «dada la hostilidad hacia el comunismo por parte de la gran mayoría de los españoles, tanto de izquierda como de derecha», hasta el punto de que era altamente «improbable que pueda instalarse un gobierno controlado por los comunistas y obtener una base adecuada de apoyo popular sin un poderoso respaldo del exterior».

Idéntica era la apreciación de un analista del Foreign Office:

Aunque los comunistas españoles son muy activos y están bien organizados (y, en consecuencia, son objetivo preferente de la represión), en realidad no tienen generalmente muchos seguidores en el país, excepto en algunas zonas del sur. El sentimiento del español medio es en principio anticomunista y antirruso [...] Las posibilidades de que el Partido Comunista se haga con el control de España por medios normales son remotas en un futuro previsible.³¹

Su única esperanza, descartada la intervención rusa, era el sustento que pudieran proporcionar sus camaradas franceses e italianos. Por lo tanto, el declive de las posiciones de ambos y el alejamiento de sus perspectivas de alcanzar el poder hacían que, «en tales circunstancias, la posibilidad de que España cayera bajo el control de la URSS por medios políticos *quedaba reducida a cero*».

A quienes pensaran que ese cambio del escenario internacional podía llevar al Caudillo a relajar su rigor y permitir la evolución a un gobierno más liberal, los analistas de la CIA les recordaban que «el historial de Franco indica que se opone a la participación popular en el gobierno y que no reconocería que un debilitamiento del comunismo francés e italiano significara la eliminación de la amenaza comunista en España. Es muy improbable, por lo tanto, que modifique sustancialmente sus políticas internas actuales como resultado de los acontecimientos en Francia e Italia». En

40 última instancia y a corto plazo, los resultados podían ser muy distintos a los argüidos por los golpistas de 1936 para justificar su sublevación —y por los panegiristas actuales que no se ruborizan en afirmar que Franco salvó a España de ser la Cuba de los años cincuenta:

El régimen franquista preside un continuo deterioro nacional. [Su] prolongación indefinida significa una intensificación de los factores que favorecen la revolución. Dentro de cinco o de diez años, España puede ser más explosiva que ahora.

El dossier terminaba proponiendo una solución pragmática: quizás había llegado el momento de dejar de supeditar la concesión de la ayuda económica y militar a España a la salida de Franco del poder. Aunque ello asegurase al dictador una tranquilidad a corto plazo, no sería, sin embargo, «el tipo de estabilidad política que existe cuando la mayoría de los ciudadanos están satisfechos con las características básicas de su voluntad de gobierno», porque ello solo sería posible cuando en España se hubiesen «mitigado los antagonismos de la guerra civil». La conclusión de los autores era pesimista:

No hay nada que justifique la esperanza de que el gobierno de Franco sea capaz de reducir significativamente esos odios. Su prolongación indefinida, por lo tanto, aunque se contenga el deterioro económico, puede conducir a la violencia y a una eventual revolución. La evitación del conflicto civil puede predecirse a largo plazo sólo si la mayoría de los hombres moderados, tanto de derecha como de izquierda, buscan sinceramente la cooperación, dedican sus energías a la reconstrucción nacional en lugar de maniobrar unos contra otros, y reemplazan pacíficamente al actual régimen por otro que se base en el consentimiento de los gobernados.³²

Este informe vino a sumarse a otro elaborado por la misma agencia en el mes de noviembre.³³ Desde un punto

de vista estratégico, decía este segundo documento, España podía considerarse, por su posición geográfica, el último bastión de Europa contra el comunismo o una futura cabeza de playa para la recuperación de Europa occidental. Las condiciones climáticas y del terreno eran muy propicias para las operaciones basadas en el empleo de bombarderos de largo alcance. España contaba con la ventaja de tener un gobierno fanáticamente anticomunista, pero también una oposición, incluso la ilegal —monárquicos, republicanos, nacionalistas vascos, socialistas y anarquistas— con postulados similares en «diversos grados de énfasis». El Partido Comunista había sido expulsado del gobierno republicano en el exilio y privado de prácticamente toda influencia en la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas (ANFD), órgano unitario constituido en el verano de 1944 por Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Republicano Federal, PSOE, ERC, UGT y CNT, al que se habían unido los comunistas en 1946. Los españoles temían la repetición de la guerra civil si el régimen relajaba su control y Franco jugaba con el miedo a que cualquier gobierno alternativo facilitara la dominación comunista, garantizando con su permanencia en el poder que España sería una aliada potencial de los Estados Unidos en caso de conflicto con la URSS.

El diagnóstico de la situación económica era demoleedor. El régimen no había logrado resolver los problemas básicos del país: la injusta distribución de la propiedad de la tierra, el extremadamente desigual reparto de la riqueza, la baja producción agrícola e industrial y el hambre. Para garantizar a cada persona entre 1.500 y 1.800 calorías diarias, España debía importar alrededor del diez por ciento de sus alimentos. Altos funcionarios admitían que la desnutrición había ralentizado la productividad laboral. El coste de la vida, tomando como base un índice 100 para el año 1936, ascendía a 497 en enero de 1947, mientras que el índice de ingresos reales había caído a 68,5 puntos en 1945. El presupuesto nacional estimaba unos gastos de 14.223 millones de pesetas y unos ingresos de 12.964 mi-

42 lones. Al déficit se sumaba el lastre que suponía el que alrededor del 47 por ciento del presupuesto nacional se destinara «a las fuerzas armadas y la policía, mientras que una gran parte de las asignaciones para obras públicas, supervisión gubernamental de la producción nacional y organización laboral» se derrochaba en mantener una estructura burocrática hipertrofiada en un contexto en el que proliferaban la especulación y el mercado negro. Recortar las asignaciones a los aparatos duros del Estado no era una opción si ello implicaba la reducción del estamento militar, base sustentante del poder de Franco.

Las infraestructuras, destruidas por la guerra u obsoletas por la ausencia de una inversión estatal imposible de asumir, padecían una siniestralidad de la que el régimen no dudaba en sacar beneficio propagandístico. Los frecuentes descarrilamientos de trenes fueron imputados por la prensa oficial en coro unánime al terrorismo de sello comunista. Uno de los accidentes más graves se produjo dos años más tarde, cuando la salida de la vía del expreso Barcelona-Madrid dejó un saldo de treinta muertos. «Hay mucho escepticismo sobre esta noticia entre los corresponsales de prensa extranjera —señaló la legación británica— y también entre los generales españoles. [...] El tren simplemente iba demasiado rápido al tomar una curva, lo que seguramente sería peligroso dadas las deplorables condiciones de los ferrocarriles españoles. [...] El Gobierno español tiene un interés evidente en divulgar una historia de sabotaje comunista.»³⁴ Y lo peor es que no había remedio, continuaban los servicios norteamericanos, pues la naturaleza dictatorial del régimen hacía imposible que España obtuviera fondos a través del Banco Mundial o del Fondo Monetario Internacional, ni que fuera acreedora a las futuras ayudas del Programa Europeo de Recuperación, el Plan Marshall.

Una mayoría de los españoles se mostraba amistosa con los Estados Unidos y hostil hacia la Unión Soviética, pero eso podía cambiar si la oposición, sobre todo la obrera, golpeada por las deplorables condiciones socioeconómicas, perdía la esperanza en recibir ayuda de las democracias. Lle-

gando a ese punto, podía ocurrir que las masas se orientasen hacia el liderazgo del PCE, al que las autoridades sobrestimaban valorando sus efectivos en 150.000 miembros. El problema era que «debido a que el Partido tiene respaldo externo, disciplina e indiscutibles directivas de una fuente más allá del alcance de la policía de seguridad española, es el mejor preparado para intervenir y aprovechar una situación confusa repentina» en el caso de que el régimen se viese sumido en el caos. Las consecuencias de una posición hegemónica de fuerzas proclives a Moscú podrían ser muy desfavorables para los intereses de los Estados Unidos.³⁵ Por ello, era necesario replantearse las relaciones entre Washington y Madrid, y no a mucho tardar.

Los servicios de información franquistas sabían que en el núcleo duro de los estados occidentales cundía el anticomunismo. Como había diagnosticado Marc Bloch en sus últimos escritos clandestinos, en las filas del personal de servicio de la administración francesa formado en las escuelas endogámicas de la Tercera República —insuficientemente depuradas tras la liberación— menudeaban los funcionarios unidos por ese denominador común.³⁶ En el imaginario de las policías de ambos lados de la frontera se agitaba el espectro de las escuelas de sabotaje y terrorismo del sur de Francia en estrecho contacto con la embajada soviética en París. Se atribuía a un tal Samuel Rosenberg la jefatura del espionaje para España y Portugal. Supuesto miembro de la OGPU, la policía política secreta antecesora del KGB, «agente secreto al servicio de la Tercera Internacional Comunista, judío de origen ruso y nacionalizado en Francia, conocido en los medios del espionaje portugués con el título de conde de Ardix, casado con una princesa egipcia», reunía todas las prestaciones de un estereotipo bien cincelado. Según las extravagantes fuentes de la Segunda Bis, residía en Estoril y viajaba frecuentemente a España: tan pronto se detectaba su presencia en Bayona con pasaporte diplomático y nombre falso, como camino de Oviedo o Barcelona para celebrar una entrevista con el general monárquico Antonio Aranda.³⁷

Los servicios de la Sûreté Nationale creían que las directivas de Moscú transmitidas al PCE «eran las de crear disturbios en la Europa occidental al objeto de tener los soviets un flanco cubierto en caso de operaciones contra Turquía y en el Oriente Medio». Según ellos, la Kominform había dado orden de desencadenar la revolución en Italia en fecha próxima. En la recepción dada por el arzobispo de Burdeos al clero de su diócesis con motivo del Año Nuevo, el prelado alertó:

En nuestro país hay cincuenta y dos escuelas de formación de cuadros comunistas. Esto nos debe bastar para comprender el porvenir que nos espera si la colectividad y la actividad católica no es verdaderamente ejemplar en la enseñanza.

En el marco de estos preparativos subversivos, proseguían los informes de la Segunda Bis, el 25 del mes de enero de 1947 tuvo lugar una entrevista en Neuilly entre Dolores Ibárruri y dos comunistas españoles, uno de ellos llegado del interior y el otro enviado por el mariscal Tito. Trataron sobre las necesidades de armamento y los lugares donde podrían parachutarse envíos por parte de aviones yugoslavos. En julio, «confidencias de origen seguro y bien contrastado» hablaban de la remisión de un importante cargamento de pertrechos, municiones y explosivos procedentes de la zona rusa de ocupación en Alemania a través de Bélgica para ser almacenados en el País Vasco francés. Socialistas y comunistas, en unión de refugiados españoles, habrían acordado una «acción conjunta de lucha, perturbación y penetración en la frontera y otros golpes más inminentes que indican con claridad y positivamente un movimiento de emergencia y actividad de los rojos y los españoles con apoyo francés y ruso, parece próxima».³⁸

Partiendo de una segunda no intervención se iba avanzando a una colaboración que iría *in crescendo* en los años siguientes. En junio de 1948, el régimen consideró que podía derogar el estado de guerra que había permanecido vigente desde que fuera proclamado a tambor batiente

el 18 de julio de 1936. En enero de 1949, se constató entre funcionarios franceses, en particular entre los agentes de la Direction de la Surveillance du Territoire (DST) y de la Sûreté una intensificación del deseo de colaborar con las autoridades españolas en el control de la frontera, reflejo de la marcada orientación anticomunista que guiaba a esas alturas a la mayoría de los servicios de información de Francia. En una nota sin fecha de la Segunda Bis se hacía referencia a un tal *monsieur* Larroche, residente en Toulouse, políglota, especialista en lenguas orientales que había sido médico antes de convertirse en sacerdote castrense. Se tenía constancia de sus frecuentes viajes a Barcelona, en viajes de dos o tres días, provisto de un salvoconducto facilitado por el agente de policía al servicio de la Segunda Bis Antonio López Moreno. El cura militar quería ofrecerse a los Servicios de Información españoles para «trabajar para cuanto tenga relación con la lucha contra el comunismo, agregando que él estaba en condiciones tan especiales y en tan buena relación con la parte sana de la oficialidad del ejército francés que cualquier servicio de esa índole habría de ser fácil para él». Los espías franquistas, entre incrédulos y cautelosos ante tanta obsequiosidad, prefirieron mantener durante un tiempo en el congelador a su reverendo colega.³⁹

La opinión pública occidental, y en particular los medios españoles, se conmovieron con el juicio al cardenal József Mindszenty, celebrado el 3 de febrero de 1949 en Budapest, acusado de los delitos de traición, espionaje y conspiración para derribar al gobierno comunista.⁴⁰ A Franco le sirvió para darse a valer como paladín de la Iglesia de la Cruzada y, por extensión, de la cristiandad occidental, papel en el que no dudaba en presentarse como adelantado. El anticomunismo alcanzó velocidad de crucero con la firma del Tratado Atlántico, que contemplaba actuar militarmente allí donde movimientos afines a Moscú pretendieran apoderarse del poder derribando a los gobiernos signatarios. En su fantasía, que aún tardaría un tiempo en consumarse, el régimen creía que entre los nombres que se barajaban para dirigir la OTAN «alcanzan posibilidades algunos espa-

46 ñoles, porque se considera que España no puede estar al margen de tan importante acción». ⁴¹ En un escenario semejante, desarraigar del suelo español todo vestigio de comunismo era un requisito necesario para pordiosear cualquier tipo de socorro a las puertas del mundo occidental.